

Tempestad calmada (Domingo 12º tiempo ordinario)

DISPONTE

Haz silencio interior y olvídate de todo lo que te preocupa. Prepárate exterior e interiormente para escuchar a Dios en la lectura. Pídele al Señor que se haga presente proclamando en voz alta la oración: *Padre, fuente de la vida y fin último de toda criatura, manifiéstanos tu rostro de bondad y libéranos de nuestros miedos. Concédenos una fe sólida incluso en los momentos de tempestad, a fin de que seamos capaces de poner nuestra confianza no en los medios del poder humano, sino en ti, que estás presente junto a nosotros. Amén.*

LEE

Con pausa, varias veces, hasta que empieces a entenderla. Dale tiempo al texto:

[Mc 4,35-41](#)

³⁵ Aquel día, al atardecer, les dice Jesús: «Vamos a la otra orilla».

³⁶ Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban.

³⁷ Se levantó una fuerte tempestad y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua.

³⁸ Él estaba en la popa, dormido sobre un cabezal. Lo despertaron, diciéndole: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?».

³⁹ Se puso en pie, increpó al viento y dijo al mar: «¡Silencio, enmudece!». El viento cesó y vino una gran calma.

⁴⁰ Él les dijo: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?».

⁴¹ Se llenaron de miedo y se decían unos a otros: «¿Pero quién es éste? ¡Hasta el viento y el mar lo obedecen!».

ESCUCHA – CONTEMPLA

Trata de identificar lo que el Señor quiere decirte. ¿Qué te llama la atención y por qué?

El evangelio de hoy presenta el recuerdo de una noche impresionante. Después de una larga enseñanza en parábolas (4,1-34), sigue ahora una acción prodigiosa: Jesús aplaca la tormenta en el lago de Genesaret. Los hebreos solían llamarlo mar, y era considerado como un lugar dominado por una fuerza caótica y terrible: un monstruo devorador de vidas y naves. Sólo el Señor Dios puede dominarlo, sólo Él puede levantar y calmar tormentas.

En la escena se distinguen tres actores. El primero es el cosmos enfurecido, símbolo visible de las tempestades de la historia y de la naturaleza, de las contradicciones y de la oscuridad, de todo lo que obstaculiza la difusión del evangelio. Los discípulos representan el segundo tipo de actores. Muertos de

miedo ante el fuerte oleaje que zarandeaba la embarcación, piden a Jesús que haga algo, porque confían en su poder para calmar la tempestad. Por último, el tercer actor es Jesús, que domina toda la escena y que aparece como adversario del mar personificado. Nótese que Jesús se dirige al mar como si fuera una persona: “¡Silencio, cállate!” (v.39). Y el mar le obedece.

El episodio presenta a Jesús y a sus discípulos en medio de la tempestad, con las olas enfurecidas golpeando la barca y llenándola de agua. Llama la atención que mientras arrecia la tempestad cada vez más, Jesús duerme: las fuerzas de la naturaleza no consiguen perturbar su tranquilidad. Cuando él despierta manda callar y se produce una gran calma. Todo al contrario de lo que vemos en la realidad. El miedo suscitado entre los apóstoles viene motivado por la orden de calma emitida de Jesús que puntualmente es obedecida por las fuerzas de la naturaleza.

La respuesta de Jesús es un poco ilógica: “**¿Por qué sois tan cobardes? ¿Todavía no tenéis fe?**” (4,40) ¿Se puede reprochar tener miedo en peligro de muerte? ¿Qué fe es esa que, incluso en el máximo peligro excluye el miedo?

Reprocha Jesús a los suyos por mirar sólo al peligro y a las fuerzas amenazadoras de la naturaleza y por no haber comprendido todavía quién es aquel con el que se encuentran en la misma barca. Lo que cuenta es encontrarse en la misma barca con él, pues en ella no hay lugar para el miedo. La cercanía de Jesús excluye todo motivo de temor. Si estamos unidos a Jesús, no hay ninguna situación en que nos hallemos perdidos, porque no hay ninguna situación que él no sea capaz de dominar.

La actuación de Jesús provoca en los discípulos un nuevo temor: **¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?** La travesía en la barca ha puesto a los discípulos junto a Jesús en peligro de muerte, pero la situación ha provocado también una importante manifestación del poder de Jesús. La barca conduce a un peligro común, pero en ella los discípulos ven también cómo Jesús puede salvarlos y cómo ellos pueden confiar en él sin reserva alguna.

HABLA CON DIOS (REZA)

Vuelve a leer el texto y ve con los ojos del alma el rostro de Jesús montado en la barca contigo. Oye sus palabras poderosas, déjate embargar por el santo temor y pregúntale: ¿quién eres Señor? Imagínate todo como si presente te hallaras. ¿Qué papel juegas tú en la escena? Agradece, contempla, adora a Jesús.

Padrenuestro, avemaría, gloria.